

Los tiempos de la cometa: el dolor de las añoranzas

Los *regresos* suelen ser más dolorosos que las partidas. Sobre todo, cuando ya no se regresa del todo, porque parte de nosotros se ha perdido en el viaje, hemos quedado extraviados en alguna isla del tiempo, quizá hayamos naufragado y los enseres del naufragio han quedado dispersos en alguna playa de la desmemoria. Pienso que cada uno de nosotros es sujeto de otro tiempo, que vamos por la vida mirando a las cosas, a los lugares y a las personas desde otra realidad. Esto, irremediabilmente, nos convierte en monstruos de silencio y soledad, seres anacrónicos, perdidos en el fluido del tiempo que nos lleva muy lejos hacia lugares inexplorados por la conciencia. La palabra griega ‘nostos’ cuyo vocablo hace parte de la conformación de la palabra *nostalgia*, significa ‘regreso’, y ‘algia’, significa ‘dolor’. El significado original de esta palabra enmarca el tema central de la canción vallenata *Tiempos de la cometa*, escrita por Freddy Molina e interpretada por la voz metálica de Jorge Oñate, grabada en 1972. Es una de esas canciones que todos hemos oído alguna vez pero que sólo hasta una mañana,

* Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Finalista en 2017 del concurso de cuentos La Cueva con la obra *Los oficios de dios*. Es docente de literatura y castellano. Realiza el máster en Didáctica de la enseñanza de la lengua y la literatura en la Universidad de la Rioja, España, luego de una beca que obtuvo por la calidad de sus ensayos. Creador audiovisual, podcaster. Prepara su colección de cuentos y corrige su próxima novela.



El muelle de Los Pegasos, embarcadero turístico de naves inolvidables al lado del mercado de Getsemaní y al fondo los teatros.

Fotografía de Álvaro Delgado Vélez

por algún capricho terrible —sabrás Dios de qué— nos llega el reguero de sus versos desde algún radio mal sintonizado y como una epifanía nos revela que estamos tristes y lejos, entonces nos embarga un profundo dolor por no poder regresar.

Los tiempos de la cometa es una canción enunciativa en el sentido que É. Benveniste desarrolla en su *Teoría de la enunciación*, donde nos habla de las condiciones de producción de un enunciado que podemos rastrear a partir de las referencias espaciotemporales y del yo enunciadador. Esta canción, de referentes agrarios, nos cuenta la angustia, la tristeza y la añoranza de una persona (sujeto de la enunciación) que en un punto indeterminado de la vida adulta (momento de

enunciación), empieza a reflexionar sobre las cosas que fueron y que ya no son, sobre los despojos que el tiempo va produciendo en su vida y que nunca más volverán a ser.

Toda la canción está atravesada por el tono melancólico que produce el tema de esta composición: el paso del tiempo y las transformaciones que ocasiona. Los dos primeros versos establecen el contraste entre el hombre y la utopía de querer controlarlo: */Cuánto deseo/ /porque perdure mi vida/*. Esta utopía ha sido de vieja data en el amplio repertorio de muchas culturas antiguas. Esta idea ha sido de una riqueza enorme con todos los mitos de la longevidad de la vida: la ambrosía de los dioses, el néctar supremo, el elixir de la vida, la piedra filosofal. El

hombre siempre ha soñado con la vida eterna, el poder controlar el tiempo. Detrás de esta idea del segundo verso */porque que perdure mi vida/* está la razón primaria de esa búsqueda: el miedo a la muerte, por eso hemos construido mitos fundacionales a lo largo de toda la historia, muchos de los cuales aún profesamos. Dentro del génesis de una idea como esta, está una frustración fantástica: no poder hacerlo. De hecho, en el primer verso */Cuánto deseo/* encontramos que más que un deseo, es un ruego, es una petición; es la plegaria que alza el creyente a su dios implorando piedad. Es una súplica al tiempo porque lo mantenga en el mismo estado. En la perdurabilidad que añora el Yo lírico, no está la inmortalidad, sino algo mucho más banal: la juventud. He aquí la angustia.

En el segundo y tercer verso de esta estrofa tenemos a la añoranza: */Que se repitan felices tiempos sentidos/*. Quiero ser bastante enfático con una precisión terminológica: añorar no es lo mismo que recordar. Recordamos lo que hicimos ayer por la tarde, anoche, o hace un año, lo que en lingüística denominamos el ‘pretérito perfecto’. Pero no necesariamente existe una relación sentimental con lo que recordamos. Cosa que sí pasa cuando añoramos. Añorar es querer que algo que ya fue, vuelva a ser. Nótese que hay una distancia más alejada en el tiempo. Recordar es la acción de traer a la memoria lo que ya no es, o dejó de ser; añorar, sin embargo, no solamente es recordarlo, sino querer que pase de nuevo. En ese verso también vemos una idealización del pasado, */...felices tiempos sentidos/*. En este marcado tono romántico hago la pregunta: ¿Todo pasado fue mejor? Seguramente no, pero el sujeto lírico, es decir, el autor de esta canción (Freddy Molina), habla de los pasados */... felices tiempos sentidos/*, que son una serie de eventos de la niñez y la adolescencia,

que en los versos siguientes sabemos que son “el primer trago a escondidas”, y “[...] la primera novia en olvido”. Podríamos seguir hablando de ese primer amor y el deseo de añoranza que perdura a través del tiempo, que es un tema recurrente en varias canciones vallenatas de paseo costumbrista, pero queremos detenernos en el siguiente verso, porque se nos referencia la primera marca temporal del paseo y es la posición desde donde la voz enunciativa nos canta esta tristeza: en algún punto indeterminado de la vida adulta, */ya mi juventud declina/ /al compás de tiempos idos/*. Ese detalle convierte a la canción en un lamento que se canta desde el exilio, desde *fuera* del *Paraíso*, muy lejos de esa ‘patria amada’ a la que se quiere retornar y a la que trágicamente ya no se puede regresar. Por eso duele este paseo costumbrista que canta los recuerdos de la infancia de la vida provinciana, porque, tristemente, para fortuna de la nostalgia, nada que tenga sombra es inmutable en el mundo.

Nosotros creemos que el pasado es un estado de las cosas, y por eso hablamos de “vida pasada”, y objetos y personas a las que se les nota el efecto del pasado, que a fin de cuentas tiene que ver con el transcurrir del tiempo. Sin embargo, en la pregunta que planteamos respecto a si todo pasado fue mejor, me gusta la forma sustantiva con la que aparece, es decir, “...todo pasado”, no aparece como estado sino como *algo*. Y ese *algo*, culturalmente lo hemos metaforizado espacialmente con un *lugar* que está detrás. Es decir, según esa metáfora, el pasado es *el lugar*, indefinido, en el que vamos arrumbando las cosas que ya no son. En *Cien años de soledad* se menciona el cuarto de Melquiades, el gitano amigo de los Buendía a quienes estos, le tenían un cuartico para cuando viniera de sus viajes ilusorios por este mundo y el otro. Cuando Melquiades “muere”, este cuarto se cierra y pasa a ser el espacio de los cachivaches y las cosas

viejas que ya no importan. En la novela se le llama “el cuarto de Melquiades”. Nosotros tenemos una variante cultural de este cuarto de los Buendía y es el cuarto de San Alejo. Entonces el cuarto de Melquiades es ese espacio metafórico donde arrumbamos las cosas viejas, en donde vamos dejando atrás lo que ya no nos sirve. Pero mi problema con esa metáfora espacial es la imagen estática que genera, el cuarto no se mueve, por lo tanto, el pasado se queda pasado y las personas lo decimos así, normal, como si no pasara nada, “el pasado pisado”, y no, este paseo nos sugiere una metáfora con algo más de movimiento. Nos gusta el pasado como un vagón de tren, que va detrás pero siempre con nosotros. Mirémoslo desde este punto de vista, si el futuro es un constante devenir,

el pasado es un constante *des-ir*, des-irse del primer trago a escondida, de la primera novia en olvido, es decir, des-irse de los felices tiempos sentidos que canta la canción.

Al comienzo del segundo estribillo vienen dos de los versos más bonitos e inmortales de toda la historia vallenata, que dan el nombre a esta canción: */no volverán los tiempos de la cometa/*. Los versos de este segundo estribillo siguen el patrón de la estructura métrica del primero, con un primer verso pentasílabo y un segundo verso octosílabo: */No vol-ve-rán/ /los tiem-pos de la co-me-ta/*. Esa afirmación refleja un autoconvencimiento trágico. Lo que fue ya no es, y el *locutor* lo sabe. Esta consciencia del tiempo es la que lo angustia. Por eso toda la canción es un lamento. Pero ¿qué es lo que



Las calles afuera del mercado de Getsemaní a finales de la década de los 70.

Fotografía de Álvaro Delgado Vélez

lamenta? Aquí es donde el lenguaje poético hace su entrada, porque nos desplazamos de la referencialidad del lenguaje natural con el que venía la canción, al plano de lo simbólico, y ese simbolismo está en el elemento de la 'cometa'. Este es un objeto que evoca directamente con la infancia, es un elemento de enlace con el pasado, como también lo son otros referentes como el trompo, las bolitas de uñas, pero la cometa tiene una bellísima significación en esta canción y es el trascender a las nubes. Sin embargo, si tomamos el sentido de la idea completa, tenemos una mención, no solo de la cometa, sino de "los tiempos de la cometa". Lo que no volverá trágicamente no es la cometa, son los tiempos de la cometa. Es decir, el valor simbólico recae no solamente sobre este elemento, sino sobre su contexto. Es interesante porque la

cometa como realidad objetiva y verificable sigue existiendo. Lo que vemos en el verso es un énfasis en el tiempo pasado, asociado por supuesto, con otro elemento implícito que es el viento, y la asociación conceptual con el pasado se construye a través de la cometa, como práctica esencialmente de la infancia. La canción nos plantea no solo la tragedia del hombre y la muerte, sino la tragedia de perder la infancia, de irse de los momentos mozos de la juventud, de haber perdido El Edén.

Los tiempos de la cometa son momentos que ya no vuelven, que se han ido como una cometa al viento. Esa metáfora interminable sobre la vida, la muerte, el tiempo y la infancia, se ha convertido en un rumor de viejas voces que nos hablan de los regresos y de lo doloroso que resulta volver.



Un vendedor de pescado en el mercado de Getsemaní.
Fotografía de Álvaro Delgado Vélez